

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 65

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 1.º DE ABRIL DE 1906

NUM. 540

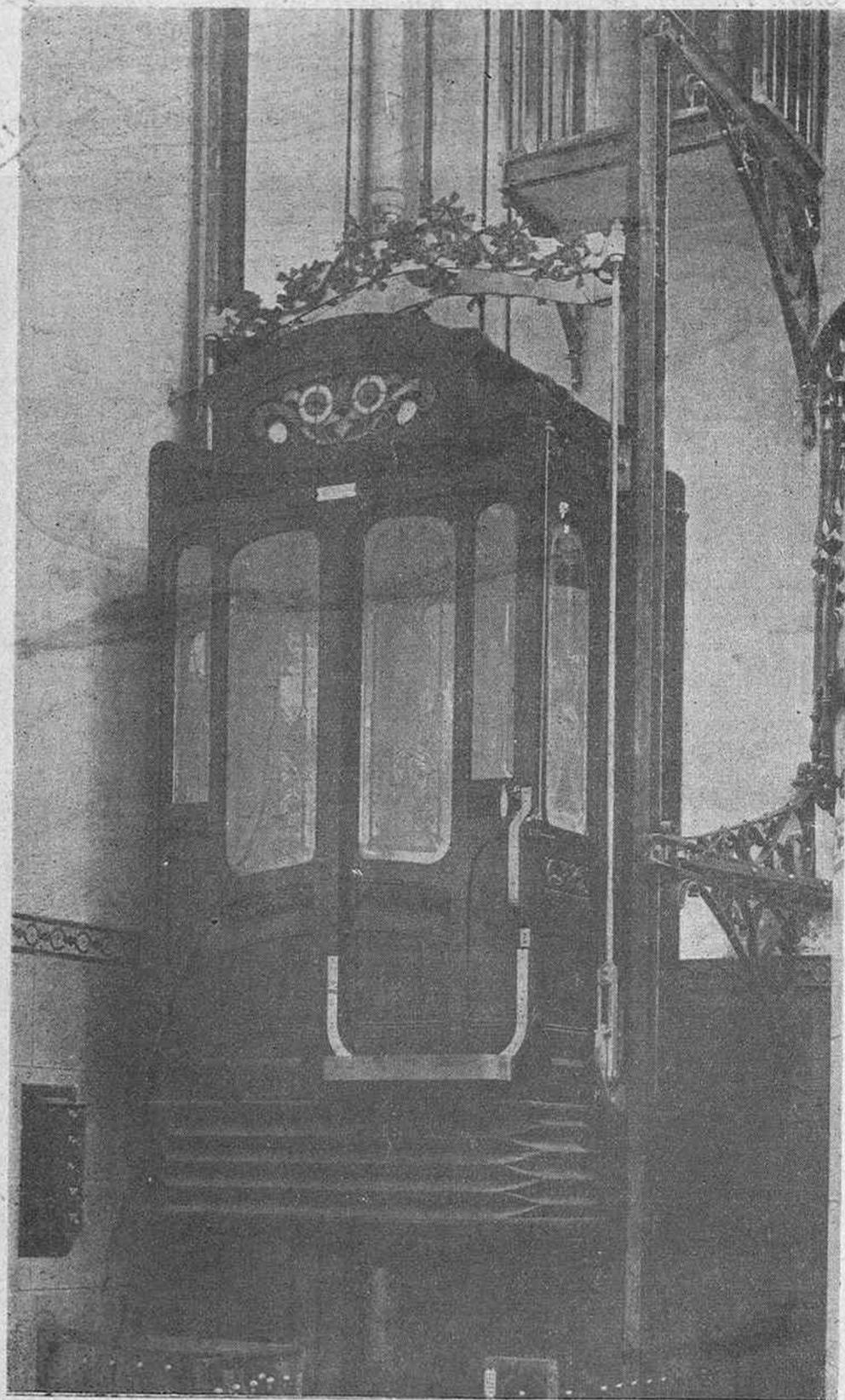


EL PRESIDENTE ENFERMO

El Doctor Gedeón.—¿QUE ES ESO, D. SEGIS?
D. Segis.—UN ENFRIAMIENTO DE LA MAYORÍA.
El Doctor Gedeón.—PUES Á SUDAR. Y TENGA USTED BIEN CERRADAS LAS CORTES, PARA QUE NO LE ENTRE EL AIRE.

INDUSTRIA ESPAÑOLA

ASCENSORES ELECTRO-MECÁNICOS AUTOMÁTICOS



ASCENSOR INSTALADO EN LA CASA DE «BLANCO Y NEGRO» Y «A B C»

Tipo patentado, sistema

VIVÓ, TORRAS Y C.^a

Es el más moderno,
accionado por pulsado-
res, estando á la altura
de los más acreditados
que se conocen.

Es el que ofrece ma-
yores seguridades perso-
nales, y el que tiene la
maniobra más sencilla,
más independiente y más
completa. Construcción
sólida y esmeradísima.
Véanse los instalados y
en funcionamiento en el
edificio de los periódicos
BLANCO Y NEGRO y
A B C, y en las dos casas
del Paseo de la Castellana,
núms. 6 bis y 6 triplicado.

ES SU MEJOR RECOMENDACION

HEREDEROS DE G. SANFORD

FUENCARRAL, 147, TALLERES

ÚNICOS REPRESENTANTES EN MADRID

JUEVES DE GEDEÓN



Calínez llegó á mi casa á la hora de costumbre y me dijo:

—Gracias á Luque y su jurisdicción, no se puede hablar en España más que del tiempo; hablemos, pues, del tiempo.

¿Has visto, Gedeón, qué primavera tan poco primavera y qué Gobierno liberal tan poco liberal? Indudablemente en nuestro país las estaciones están cambiadas, pero los Gobiernos no.

Durante el invierno tuvimos algunos días de calor, no ya primaverales, sino agostenos. En cambio, el Gabinete barato liberal nos resulta tan neo y maurista en primavera como en invierno. Con él no rezan las estaciones ni aun para llevarles la contraria, y mientras el tiempo nos vuelve locos, achicharrándonos en Enero y helándonos en las proximidades de Abril, Moret continúa siendo tan reaccionario en el mes de las lilas, sus queridos deudos, como en el de los besugos, sus deudos más caros.

Por D. Segis no pasan estaciones. Es como un rincón selvático de territorio nacional alejado de todo progreso humano y de toda vía de comunicación. Comprendiéndolo así, levantó su casa en la calle de doña Blanca de Navarra, que gracias á Gasset estará algún día unida á Madrid por medio de un camino vecinal.

Pero volvamos á hablar del tiempo, mucho más interesante que Moret y sus ocho durmientes.

Nunca ha habido primavera médica tan médica como esta primavera.

A casi todos los españoles nos coge metidos en la cama y tosiendo.

De los ministros, el primero que cayó fué Gasset. A nadie puede extrañarle el caso. ¡Es el más húmedo de todos!

El ministro de las aguas grandes y pequeñas tuvo que sentir los efectos morbosos de las nevadas que hemos disfrutado y de las bajas temperaturas que padecemos.

Y ¡oh prodigio! al propio tiempo que se metió Gasset en el lecho, se salió del suyo el Manzanares.

¡Decididamente, no caben los dos en el mismo lecho! Al aprendiz de río se le hincharon las narices, y las lavanderas tuvieron que tomar precauciones. Al aprendiz de ministro no se sabe lo que se le hinchó, pero es de suponer que fuera alguna cañería.

Por fortuna, ni la crecida del Manzanares ha sido grande, ni la enfermedad de Gasset tampoco.

Ambos aspiraban á producir el mismo efecto. El Manzanares, saliéndose de madre, pretendía que le creyesen río, y Gasset, metiéndose en la cama, que le tomaran por ministro español.

Logrado su propósito, el río se volvió al lecho y se levantó Gasset. Total, política hidráulica.

El presidente del Consejo no quiso ser menos que su colega en el descubrimiento del Nilo, y también empezó á quejarse y á estornudar.

D. Segis está muy destemplado esta temporada, casi tanto como la mayoría con él. Sus taquígrafos le envolvieron en varios pliegos cubiertos de signos misteriosos y le hipotecaron en la cama.

Acudieron en seguida sus más fieles correligionarios, es decir, aquellos amigos de toda la vida que le pusieron verde en la última sesión de las Cortes, y diagnosticaron sin vacilaciones la enfermedad que aquejaba al ilustre paciente: Bronquitis parlamentaria aguda, polvos de Dower, ó de otro cualquiera, y á sudar. Así se hubiese curado inmediatamente don Segis, de no impedirselo los hilos.

¡Gedeón del alma, Moret no quería abandonar los hilos, y los polvos de Dower, ó de quien fuesen, no producían en su organismo los saludables y acostumbrados efectos sudoríficos!

¿Cómo iba á sudar un hombre que estaba en la cama hecho una devanadera?

Con tanta y tanta vuelta se descubría á cada instante, y hubo ratos en que, por lo descubierta, parecía el Nilo. En suma, que no consiguió sudar más que tres gotitas, y aun así estuvo á punto de ahogarse Antequera, que le prestaba cariñosa asistencia sentado cerca del lecho en su sillita curul.

Al cabo, Moret, enredado en los hilos, se levantó.

¡Porque aquí se levanta todo menos la suspensión de las garantías constitucionales en Santiago de Barcelona!

Bien es cierto que el general Linares puede dar á los catalanes, á quienes va á aplicar el art. 7.º, saludable ejemplo de paciencia.

Hace ocho años que tiene dentro del cuerpo la explicación y los comprobantes de aquella desgracia que nos acaeció en Cuba, y todavía no ha podido soltarlos, aun habiendo sido durante largo tiempo ministro de la Guerra.

Pero ¡qué caramba! le pusieron dos de la secreta para que no hablara con nadie, y se quedó con la explicación y los comprobantes en la epiglotis.

¿Tú has oído hablar del hombre de la máscara de hierro? Pues no creas, Gedeón, como dicen por ahí los historiadores y los novelistas, que aquel infeliz individuo á quien le estaba terminantemente prohibida la comunicación con sus semejantes, era un hermano de Luis XIV ó cosa que lo valga. Era Linares en su anterior encarnación, pues hartos sabes que todos hemos tenido varias y sucesivas existencias.

De Moret se sospecha que fué demócrata hace tres ó cuatro vidas, y nadie ignora ya que Azcárraga, antes de ser general y hombre de iglesia, era aerostato. El primer aerostato conocido.

Todavía se infla alguna vez y sube al Poder con Ugarte en la barquilla.

Pero te estaba diciendo que los barceloneses pueden tomar lecciones de paciencia de su nuevo capitán general; sin duda por eso le envía el Gobierno á Cataluña.

Es como decirles á los catalanes: «Calma, hermanos. Os levantaré la suspensión de las garantías cuando Linares explique y compruebe aquello de Santiago de Cuba.» Y aunque los barceloneses pecan de tozudos, capitularán como un solo hombre.

En este habilísimo nombramiento veo yo la mano y aun el pie derecho de D. Segis.

Los catalanes nos están pasando continuamente el desastre por las narices. ¿Quién más propósito para hacerles olvidar tan lamentables historias en estas críticas circunstancias?

No hay más que un Moret en el mundo para estropear las cosas peor arregladas. Acierta siempre á equivocarse de un modo asombroso.

¡Con decirte que Maura le tiene envidia!

Sólo logra superarle cuando pinta. Y actualmente es el hombre que más pinta en España.

Así va todo, hasta la primavera. Se echa hacia atrás la pobre temblando de que la atice cuatro pinceladas D. Antonio.

Y sin embargo, ella quería entrar. Lo he visto en las narices de Jackson-Capuz.

También tengo otro dato terminante: los carlistas pensaban echarse al campo. Luego hay verde.

Claro es que no les han dejado, porque todas las primaveras pasa lo mismo.

Los carlistas se arman. Va la policía y les trinca los sables.

Esto ocurre siempre por la parte de Berga, y resulta al fin y al cabo una jugada de Bolsa.

Y es que la primavera, ¡oh, la primavera...! ¡Pues figúrate cómo estará D. Carlos!

En fin, amigo mío, que ya hemos tenido la erupción de Jackson-Capuz y la erupción carlista de todos los años. Luego no cabe duda de que ha venido la primavera. Solo falta que cante Grilo los números de la lotería.

Ponte, pues, á régimen, y no seas intelectual para Canalejas. Teme á ese terrible inventor del cólico del cerebro.

Te mima, te halaga, te cuenta ingeniosos chascarrillos, te obsequia, en suma, como el hombre más cortés y más agradable del mundo, y luego te pone en manos de Francos Rodríguez.

¡Ya no tienes que llamar á Pulido ni á Cortezol!

Das las gracias por el almuerzo á D. José desde el otro mundo.

Rehuye, pues, sobre todo en esta época del año, esos convites intelectuales con médico de la casa.

Es cierto que no se mezcla en ellos, pero luego sí con los difuntos. ¡Ojo, por lo tanto, Gedeón, y nada de sacar la tripa de mal año á costa del presidente de la Cámara popular!

¡Y menos ahora que están cerradas las dos Cámaras!

¿Cómo te valdrías para hacer del cuerpo colegislador, alto ó bajo, un refugio á tus males?

Y nada más, que me voy cansando de hablarte.

—Y yo de oírte.

—Me marchó á ver el estreno de *La princesa bebé*.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?

El programa

Moret ha estado malito...

Como es un hombre eminente, no ignora que un catarrito viste mucho á un presidente;

y él quiso el suyo coger en la primavera hermosa, como diciendo, al toser:

«¡Señores, no hay quien me tosa!»

Quizá con eso se engaña, porque al verle en tal estado, todos piensan en España que está, y mucho, delicado.

Mas él, que sabe su oficio, no es posible que padezca por el oportuno juicio que á los súbditos merezca...

Con las toses se propasa viendo llegado su fin, y, es claro, se queda en casa lo mismo que Cachupín.

Allí, á sus anchas reniega de ciertas suposiciones, y á sus asuntos se entrega buscando las soluciones,

pues hay que soltar la capa si ha de vivirse tal cuál, ya que terminó una etapa del partido liberal.

Así, arropado y metido con mucho gusto en la cama por dar ídem al partido le da ídem á su programa.

Pues nadie se las repudia, conserva sus mismas bases, y ahora únicamente estudia la reforma de las frases.

Y en ello pone cuidado por si á las gentes conquista con el suficiente agrado que merece un reformista.

Pasa vigiliás cruentas, entre angustias y sudores, por si le salen sus cuentas y da gusto á los señores.

Ahora lo vuelve á estudiar, ya se entretiene en copiarle, bien se dispone á enmendar ó se mete á reformarle.

Aquí le corta una miaja, allá borra y se confunde: raspa, agrega, corta, raja, pega, pule, tacha, tunde...

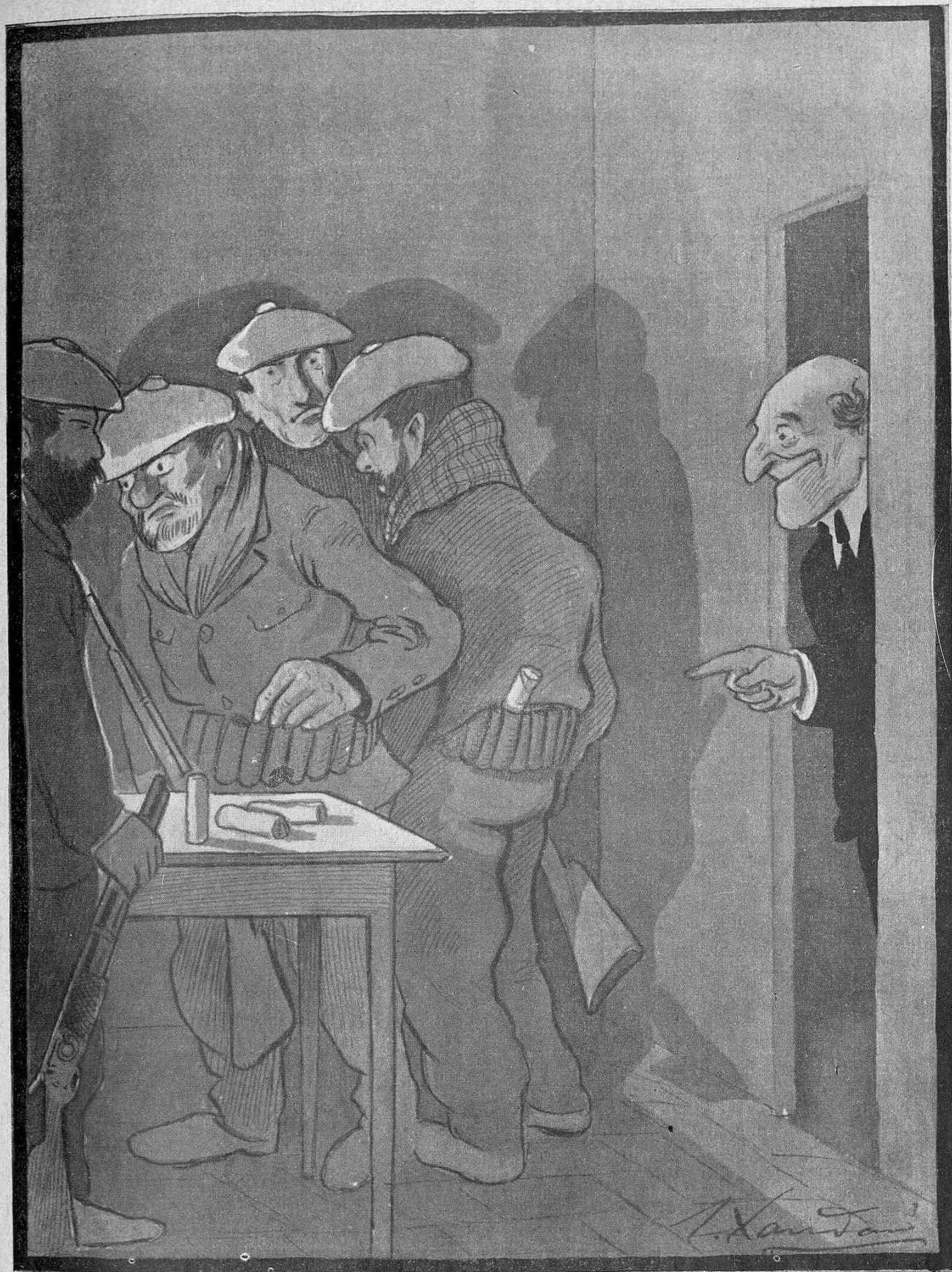
Y de este trabajo honroso para evitar los deslices, queda el programa dichoso cubierto de cicatrices.

Aquí mengua y allá crece; remendado, aunque elegante, por sus colores parece la capa del estudiante.

¡Pobre Segis! Tu final se ve claro y no nos choca, hoy que á la grey liberal tu magno genio convoca.

Retratado en posición con el programa á la vista, ¡tú serás el colofón del partido exfusionista!





EL CONSABIDO TIMO CARLISTA

GEDEÓN (DESDE LA PUERTA).—¡EH, AMIGOS, QUE SE OS VEN LOS CARTUCHOS... DE PERDIGONES!

¡Ande el movimiento!

Con la anunciada *reprise* del hombre de las *honradas masas*, nuestro ya casi fósil amigo Pidal, han coincidido las alarmantes noticias de una especie de sarampión carlista que ha brotado en Barcelona.

Hay quien asegura que esta nueva salida de don Alejandro por el Montiel conservador no se verificará, y que esas son habladurías de los periódicos, que en estos momentos de calma política no saben de qué ocuparse. Más claro: que á falta de la ya desacreditada serpiente de cascabel, surgió ese rumor que, según dicen, el propio D. Alejandro ni confirma ni niega, temeroso sin duda de que Maura le envíe á Cortezo por delante.

Por lo demás, ¿qué vale la serpiente de cascabel al lado del jefe de los mauristas?

Que lo diga el desmayado D. Segismundo, su primera víctima.

Por cierto que á D. Segis le persigue una maia estrella.

¿Se aprueba el proyecto de las jurisdicciones?

D. Segis comienza á estornudar.

¿Se presenta imponente la crisis obrera?

A D. Segis se le cae la moquita.

¿Que se siente griposo y con taquígrafos y se mete en la cama?

Pues lo mismo es meterse, que levantarse los carlistas.

No hay duda. Con D. Segis volvemos á la España pintoresca de mejores días:

Mi-Carême madrileña, con estudiantinas del hambre postulando por la vía pública.

Gran éxito de la guilopa en los cuarteles.

Rentrée de Pidal.

Lucha sangrienta entre guardias civiles y bandidos.

Agitación entre los partidarios del Pretendiente.

No le falta al cuadrado otra cosa para su completo carácter que el asalto á una diligencia y el secuestro de los viajeros.

Indudablemente, la expansión de la política democrática de D. Segis es un hecho.

¡Con qué gusto saboreará estas noticias, echando una firmita al brasero, el de Lourizán!

Y por si no fuese bastante, el Gabinete está lleno de goteras y hay tres ó cuatro ministros inútiles, que amenazan ruina.

El pobre D. Segis, con tal *maremágnum*, se encuentra á oscuras y desconfía hasta de sus más veloces taquígrafos.

Los telegramas de Barcelona le inquietan, sobre todo desde que sabe que *Socas*, un temible tradicionalista, logró internarse por la montaña con un trabuco. Ese trabuco le desvela, y en sus noches insomnicas ve al audaz individuo apuntándole con el arma, porque *Socas*, según dicen los telegramas, es un hombre de carácter enérgico, y lo del carácter es lo que más asusta á D. Segis.

El presidente se pasa el día en el aparato como en la época que se ufanaba de poseer los hilos de fantásticas conspiraciones.

—¿Qué hay?—pregunta cada cuarto de hora.

Y contesta Tristán:

—Hemos descubierto uno ó dos depósitos—al oír esta palabra D. Segis palidece, recordando el

tercero—de armas, de seis ú ocho que existen en esta provincia

—¿En qué quedamos—responde D. Segis:—han descubierto ustedes uno ó dos?

—Oficialmente no lo sé. Sólo veo entrar muy á menudo á mis inspectores con boínas, fusiles largos, cortos, cinturones, porta-fusiles, carteras, cuchillos y cartuchos. Acabo de comunicarles á los periodistas una gran noticia.

—¿Cuál? ¡Mucho cuidadito, no sea usted indiscreto!

—Les he dicho que seguramente, cuando se acaban de descubrir estos fusiles, es porque debe haber algún depósito.

—¡Y dale, no quiero saber nada de ningún depósito! Celebro su penetración. ¿Sabe usted qué es de *Socas*?

—Salió de su casa con un trabuco, y ésta es la hora que no ha vuelto. Y como no ha dejado dicho dónde iba, pues me es imposible comunicárselo á V. E.

—Ese hombre me tiene intranquilo; dicen que tiene un vivir desahogado.

—Sí es desahogado, sí. Yo envié en su persecución á un agente, pero no le pudo dar alcance porque, según me dijo, al verle el trabuco tuvo que correr en otra dirección. He mandado á Vich á varios agentes, y á otros los he tenido que mandar más lejos.

—¿Y de D. Jaime, tiene usted noticias?

—Sé que ha estado aquí de incógnito unos días, porque ya comprenderá V. E. que de otro modo no lo hubiera permitido de ninguna manera; que se limpió las botas en la plaza de Cataluña; que dió dos duros de propina, y que estuvo una noche en el Alcázar con una francesa. Ignoro si la daría propina también. Yo creo que la actual intentona no tiene carácter carlista, porque si no, los primeros en decirlo serían los partidarios del Pretendiente, ¿no le parece á V. E.? Y cuando ellos lo niegan, no cabe duda. ¿Quién va á saberlo mejor? Así, pues, yo estimo que puede darse por fracasado el movimiento.

—¡Y el gobernador!—dijo para sí D. Segis, aunque no se atreviera á manifestarlo por teléfono, todo por la falta del pícaro carácter.—Por fortuna, Linares, con sus energías, en cuanto llegue á Barcelona me lo arreglará todo, y hasta el mismo *Socas*, con su trabuco de Barba-Azul, se le rendirá prontamente. Que en eso no tiene rival el buen Linares, ni hay quien le moje la oreja.

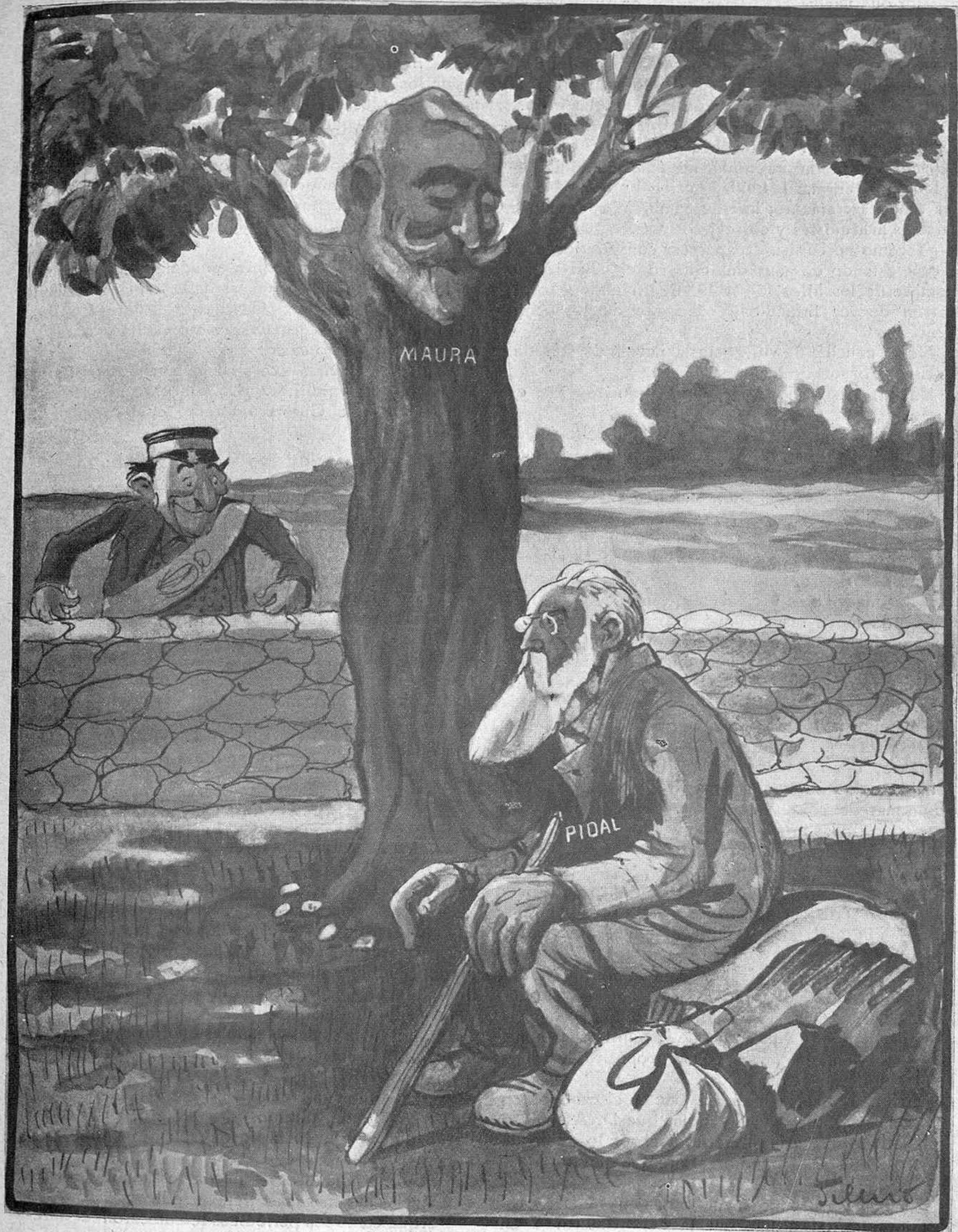
Y D. Segis, ya más confiado sobre el porvenir, se puso á hacer encaje de bolillos democráticos, que es en lo que entretiene sus horas desde que se suspendieron las sesiones de Cortes.

¡Y ande el movimiento!



VARIETÉS

Dos graves motivos políticos de preocupación y uno teatral hemos tenido la última semana. Preocuponos en primer término la inesperada vuelta del Sr. Pidal á la vida activa de la política después del largo mutis en que le tuvimos dedicado á consolar al padre Nozaleda.



LA SOMBRA DEL MANZANILLO

GEDEÓN.—¡CUIDADO, D. ALEJANDRO, QUE ESE ÁRBOL TIENE MUY MALA SOMBRA!

¿Por qué vuelve D. Alejandro? ¿Con quién vuelve D. Alejandro? ¿Contra quién vuelve D. Alejandro? He ahí tres preguntas consecutivas que se hacían los españoles antes del desayuno y después del desayuno. Todo Madrid andaba dándole vueltas á la vuelta de Pidal y... aparecieron las honradas masas.

Este fué el segundo motivo político ó impolítico de preocupación: el tenebroso complot carlista. Tristán ó el pesimismo no ha ido únicamente á Barcelona para afirmar la unidad nacional por medio de un dulce sacramento; ha ido también á descubrir tarteras anarquistas y correajes carcas.

¿Y cómo no habían de aparecer conspiradores en escena estando de amo del cotarro el celeberrimo hombre de los hilos, ó sea D. Segismundo Moret, patrón de los infundios y abogado de los confidentes?

No se concibe á Moret sin la novela de folletín. Es el Ponson de los gobernantes.

Bueno; pero ahora, según Tristancito, iba de veras.

En las cercanías de Barcelona existen ocho ó diez depósitos de armas al hombro y fornituras de toda clase. De esos depósitos no se han descubierto más que dos; por consiguiente, aún hemos de temblar ante las fornituras restantes.

El Gobierno no se decide completamente á creer que tantas fornituras y armas al hombro estuviesen dispuestas para una intentona carlista, porque los carlistas madrileños y catalanes de más significación niegan de modo resuelto que ellos pensarán meterse en tales fornituras; pero ¡ah! Tristán sabe con bastante retraso que D. Jaime anduvo por Barcelona. Moret sospecha que también se paseó por Madrid, y estas idas y venidas del hijo del Pretendiente les dan á ambos muy mala espina.

Después se ha asegurado, ignoramos con qué fundamento, que no fueron idas y venidas las de don Jaime, sino las últimas nada más. Ello es que, metidos en un mar de confusiones, hemos acabado por echar el muerto de las armas al hombro á los bolsistas interesados en una bajada formidable de los fondos públicos. ¿Estaría D. Jaime complicado, sin saberlo, en esa operación? Es decir, ¿se aprovecharían los especuladores de sus fornituras para hacer bajar la Bolsa? ¿Trabajaría D. Jaime por una causa y ellos por otra? Esperemos á que el Gobierno descubra los últimos correajes, para saber á qué atenernos.

Nosotros nos limitaremos á hacer constar, sin deducir consecuencias de ningún género, que ha coincidido la vuelta á la vida activa de la política del hombre de las honradas masas, con el propósito de echarse al campo que tenían éstas.

Puede que pensarán encontrarse en el camino.

Algún periódico guasón indicó que D. Alejandro se iba á dedicar á la piratería, declarándose jefe de los villaverdistas. Infundio. ¿Para qué quieren á Pidal los que tienen á García Alix?

Elocuencia por elocuencia, ¿no es mucho más arrebatadora la del último que la del primero? Y en ideas, ¿hay quien le aventaje á García?

Nada, que nos quedamos sin saber con quién vuelve Pidal y con quién se iban las fornituras descubiertas, y nos sumimos en la tercera preocupación de la semana.

Es la que ha causado á los innumerables currin-

ches que en el mundo están, la irrupción del género de *varietés* en el teatro de la Zarzuela, que ellos consideraban feudo de sus malas obras.

Las pantorrillas francesas y el *couplet* galo triunfan de los dramitas ñoños con música de *Al alimón, al alimón*, y los currinches están que bufan con esta victoria gálica, que les correspondía á ellos por derecho propio.

Hombre, ¿y por qué no forman un partido que capitaneé Pidal, ahora que ha vuelto á la vida activa de la política? ¿Y por qué todos juntos no se echan al campo como los de las fornituras captadas por Tristán?

En fin, que Dios nos libre en adelante de preocupaciones tan graves como las de la semana última.

¡Señor Pidal, señores Currinches, señores Carcas, á la baja; déjenos ustedes ya de vueltas, obras y *complots* del género chico!

¡*Varietés, varietés!* Necesitamos muchas *varietés* en el teatro y en la política. ¿Lo han oído ustedes ya? ¡Pues á casa de Cheste á dormir, ó al campo á... yacer!



Les jolies espagnolas

Más evidentes y sólidos triunfos que por el Protocolo, hemos conseguido en Francia con nuestra reina de ocho días.

¡Oh poder misterioso de la belleza!

Lo que á veces no consigue un reinado en mucho tiempo, lo puede fácilmente una cara bonita, una mantilla española prendida con gracia y unos ojos de mireme y váyase usted derritiendo.

Embajadores y personalidades prestigiosas han rendido su tributo de admiración á Conchita Ledesma y á sus salerosas damitas de corte.

¡Qué éxito el de nuestras compatriotas!

El propio D. Segis, aunque tarde, siente remordimientos de su política internacional.

—¿Dónde he tenido yo la cabeza?—preguntaba ayer amorosamente á uno de sus taquígrafos.

—Si en el puesto de Almodóvar, con su equivocada caída de ojos, mando á Algeciras á esas muchachas, ¡qué duda cabe!, todos los diplomáticos se hubieran rendido y la cuestión de policía se hubiese limitado á establecer orden entre los representantes.

¡Ha sido una lástima!

La presencia de las españolas en París ha trastornado, según dicen los corresponsales, todos los bulevares.

Algunos que aún creen en la leyenda, preguntaron al Sr. Maltrana, director del terceto, si las niñas llevaban la navaja en la liga. ¡Y cuánto sintieron no podérsela ver!

—¡Oh, Sr. Maltrana—decían los admiradores,— qué muchachas más *jolies* tiene usted!

Porque como los periódicos le colocaron el apreciable título de padre tutelar, no faltó quien creyese que el Sr. Maltrana era, además de tutelar, efectivo de las tres criaturas. Y sobre nuestro buen amigo ha caído un diluvio de requiebros, de *ollés* y de *¡vivas á le bon père!*

Matildita Gómez, en plena efervescencia de ho-



EL PROXIMO VIAJE

GEDEÓN.—CÓMO, D. SEGIS, ¿VA USTED DE VIAJE?
D. SEGIS.—SÍ, GEDEÓN, VOY A SEVILLA. ES ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE, PARA ARREGLAR MIS ASUNTOS.
GEDEÓN.—¿Y CUÁNDO ES LA MARCHA?
D. SEGIS.—EN LA SEMANA SANTA.
GEDEÓN.—¡ME PARECE QUE VA USTED Á HACER EL PASO!

menajes, tuvo un expresivo recuerdo, y por conducto del corresponsal de nuestro querido colega A B C, al que se debe tan feliz iniciativa, envió un beso, que nosotros, llamándonos á la parte, nos hemos repartido proporcionalmente.

Las fiestas de la *Mi-Carême* han terminado, y ya la reina española y sus damas se encuentran en Madrid, ocupadas en las labores de su sexo.

Sin embargo, no es posible que al volver á sus tareas, después de lo soñado, se conformen con el horrible prosaísmo de un vivir laborioso.

En las alegres cabecitas despertarán dorados ideales.

Ahora tienen la palabra el rey consorte y los caballeros de las damas de honor, porque es de suponer que mozas tan lindas tengan su buen noviazgo.

«Yo he sido reina», dirá Conchita; «nosotras, damas de honor», exclamarán Matilde y Luisa; «ahora á ver lo que váis á hacer vosotros para no quedar en ridículo.»



Gedeón, moreno

Anda, anda, y cómo se han puesto los autores del género chico por la invasión triunfante en sus dominios del admirable y admirado género infimo!

Un poco escamados por el éxito de las *danseuses*, *gomeuses* y *disseuses*, algunas ya traducidas á nuestro rico idioma y servidas en nuestra propia salsa, pensaban en tomar las oportunas proporciones para contener la que ellos llaman ola verde. Pero ahora, cuando han visto que el programa de Novedades se volcaba sobre el escenario de la Zarzuela, han puesto el grito donde lo ponen casi todos los cantantes de su género; es decir, en el cielo.

—¡Hay que hacer algo práctico!—dijeron precisamente los que no han hecho otra cosa en toda su vida... Escribir tontunas y resultar que dan dinero por ellas, ¿puede haber nada más práctico?... Inmediatamente se removi6 toda la currinchería andante, y hubo la indispensable reunión para tomar acuerdos. El acuerdo estaba pensado, por supuesto: retirar el repertorio á la empresa de la Zarzuela, porque era una indignidad que lo trufaran con *couplets* sueltos y armas al hombro.

Por fortuna para todos, y para ellos especialmente, se ha conjurado el conflicto, gracias á uno de los hermanos Quintero, nuestro buen amigo, que tuvo la franqueza de decir á sus compañeros lo que pensamos todos: «Señores: aquí lo principal es que escribamos mejor para que la gente no se aburra.» El era uno de los menos llamados á declarar esta verdad. Y ustedes perdonen este pequeño bombo.

Gedeón suscribe esas palabras. No somos sospechosos. Hemos celebrado en ocasiones, más ó menos veladamente, como nos lo permitieron nuestra historia y nuestras convicciones, el ingenio de algunas zarzuelas y de muchos sainetes, creyendo—con el maestro *Clarín*—que valían más que muchos dramas y comedias tenidos por fundamentales. Quiere decirse que estimamos el género chico como una lozana muestra de nuestra literatura contemporánea. Pero al mismo tiempo, ¿no lo recuerdan ustedes...? Un

día y otro hemos hablado, todo lo mal que pudimos y supimos, de esos abominables melodramas comprimidos que han trocado en lágrimas y en sentimentalismos cursis las puras alegrías y las sanas risas de nuestras horas nocturnas. Y como de estos engendros se nutren nuestros teatros chicos, nos alegraremos muchísimo que desaparezcan de una vez y para siempre.

Y así lo declaramos ante notario, y esto es lo que Gedeón, moreno, tiene hoy el honor de manifestar á sus constantes cuanto escasos favorecedores.

¡Venga, venga esa ola verde—¿verde? ¿por qué? Y todas las revistas con pantorrilla libre, ¿eran encarnadas?—venga esa ola y anegue de una vez todos los lamentos!... Y no hablen ustedes ¡oh currinches! de dignidad artística, porque eso no está por su barrio. Decláremoslo con franqueza: más arte, más ingenio y más *esprit* hay en todos esos *couplets* que unen á viejos y á jóvenes en una misma sicalipsis, que en la mayor parte de las obras que han producido enormes rendimientos á nuestros autores. Las *coupletistas* cantan mejor que esas primeras triples con más pretensiones que voz, encargadas de desgarrar las partituras; y ni aun la mejor de ellas podría resistir la competencia con el famoso Mr. Alexandre, imitador de pájaros.

Y en cuanto á los actores graciosos que disfrutamos, y que hacen tantas monadas para defender sus papeles, ¿valen todos ellos juntos lo que el insigne Nathal, el hombre-mono? A lo menos, este es mono de veras, con casi todas sus consecuencias; y los otros, ni á monos llegan, á pesar de los aplausos de la *claque*.



... y armas al hombro

«¡Oh primavera, juventud del año!
¡Juventud, primavera de la vida...!»
¡Qué mal conoce el paño
quien repite esta frase tan sabida!
Que en tiempos liberales
son ¡ay! las primaveras invernales...

Repitémoslo en vil prosa para mayor claridad: Sigue el tiempcito á la altura de las circunstancias.

Es decir, que así como el Gobierno, aunque se llama liberal, despide un fuerte olor reaccionario, el tiempo se anuncia como de primavera y es de lo más invernal que se conoce.

Frío, lluvias, nieve, granizo...

¡Y todo esto después del 21 de Marzo, fecha sagrada en el calendario porque marca la entrada de la estación floral!

¡Oh, bendito entre todos éste nuestro país, en el que no puede uno fiarse ni de los Gobiernos ni de la temperatura!



El inopinado cambio ha dejado sentir sus efectos en el Ministerio.

Nada más natural, aunque todos los ciudadanos lo lamentemos.

¡Apenas hay un ministro sin su catarro ó sin su enfriamiento correspondiente!

¡Buena ocasión para que estuvieran abiertas las Cortes y en toda su fuerza los debates parlamentarios!

¿Quién se iba á atrever á toser fuerte á los señores del banco azul, si ellos toserían más fuerte que nadie?

No es la primera vez que el catarro político ha sido reconocido casi, casi, como una institución.



Lamentemos de veras estas ligerísimas indisposiciones ministeriales.

Y lamentemos, sobre todo, la inoportunidad con que se presentan.

Después de la crisis abortada, aún hay quien cree que estamos en presencia de un Gabinete dimisionario, es decir, difunto.

Y aunque esto se niegue oficialmente, ¿quién se atreverá á negar que, si no difunto, el Gabinete está enfermo?

¡Pobrecitos ministros!

Ya se sabe el consejo: si toseáis...

Y arroparse bien.

Y sudar mucho.



Gedeón, por su parte, poco creyente en ciertas situaciones nebulosas, prefiere ver en ellas lo contrario que el respetable público.

¿Ustedes creen que el Gobierno soporta esta continuación esperando el ansiado momento de la licencia?

Pues Gedeón cree que está contentísimo con que se le tenga por muerto, para vivir tranquilo en dulce sueño como el gusano de seda.

Hay, pues, tres opiniones á elegir.

La de los que creen que éste es un Gabinete de enfermos.

La de los que creen que éste es un Gabinete de muertos.

Y la de los que creen que éste es un Gabinete de vivos.

Esta es la nuestra, para lo que ustedes gusten mandar.



La indisposición que más nos ha interesado es, naturalmente, la de D. Segis.

¡Por algo es el Presidente, qué demonio!

Pensando con lógica, así como para él son las mayores censuras, como serían los mayores bombos si acertara, para él han de ser también las mayores indisposiciones.

Y en efecto: el catarro de D. Segis—á quien felicitamos por su restablecimiento—ha sido superior, digno de un presidente del Consejo.

Ha tenido que guardar cama—como si ésta formase también parte del programa liberal—y estuvo unos días sin salir de casa, después de levantarse.

A pesar de lo cual despachó algunos asuntos urgentes, hizo ciertas y determinadas declaraciones, sacó varios solitarios, dió á los taquígrafos y no levantó la suspensión de garantías en Barcelona.

¡Es mucho hombre éste D. Segis!

¡Hasta cuando se acatarra!

¡Hasta cuando tose!



Y habrá alguien tan insensato que le niegue, después de esta prueba, sus altas condiciones de gobernante?

¿Habrá quien le escatime méritos para ocupar la jefatura del partido liberal?

Mucho admirábamos nosotros al difunto D. Práxedes y siempre le recordamos con el debido respeto.

Y ahora tendremos que declarar nuestra admiración por D. Segis, puesto que aspira á imitar á su ilustre é insustituible antecesor.

Cierto que no le imita en lo que todos quisiéramos.

¡Pero ya ha procurado acatarrarse, para tener algo de tan gran político!



No falta quien asegure que lo del presidente no ha sido un catarro, sino una simple indisposición, en el estricto sentido de la palabra.

Ni quien crea que se trata de un enfriamiento político.

Ni quien suponga que ha sido un recrudecimiento de la bronquitis parlamentaria.

¡Ganas de hablar...!

¿Verdad que no ha sido un enfriamiento, señor conde de Romanones?

¿Verdad que pasó la bronquitis, Sr. Canalejas?

Atengámonos al catarro, que es más sencillo y, sobre todo, más tradicional.

Y estas tradiciones son siempre dignas de respeto.



Y á propósito de tradicionales...

Ya hemos empezado á desenfundar el tema de todos los años: el levantamiento de los carlistas.

Se dice, se asegura, se murmura...

¡Siempre igual!

Todos los Gobiernos nos preparan ese número—que nunca resulta—para llenar unas horas del comienzo de la primavera.

¡Cosas para justificar la ebullición de la sangre y el dispendio de la zarzaparrilla!

¡El levantamiento de los carlistas!

Y que, como es natural, siempre suele ser en Berga.



Habrá influido la noticia en la indisposición de D. Segis?

No lo creemos.

¿Cómo va á preocuparse del levantamiento del prójimo quien sólo puede interesarse por el suyo propio?

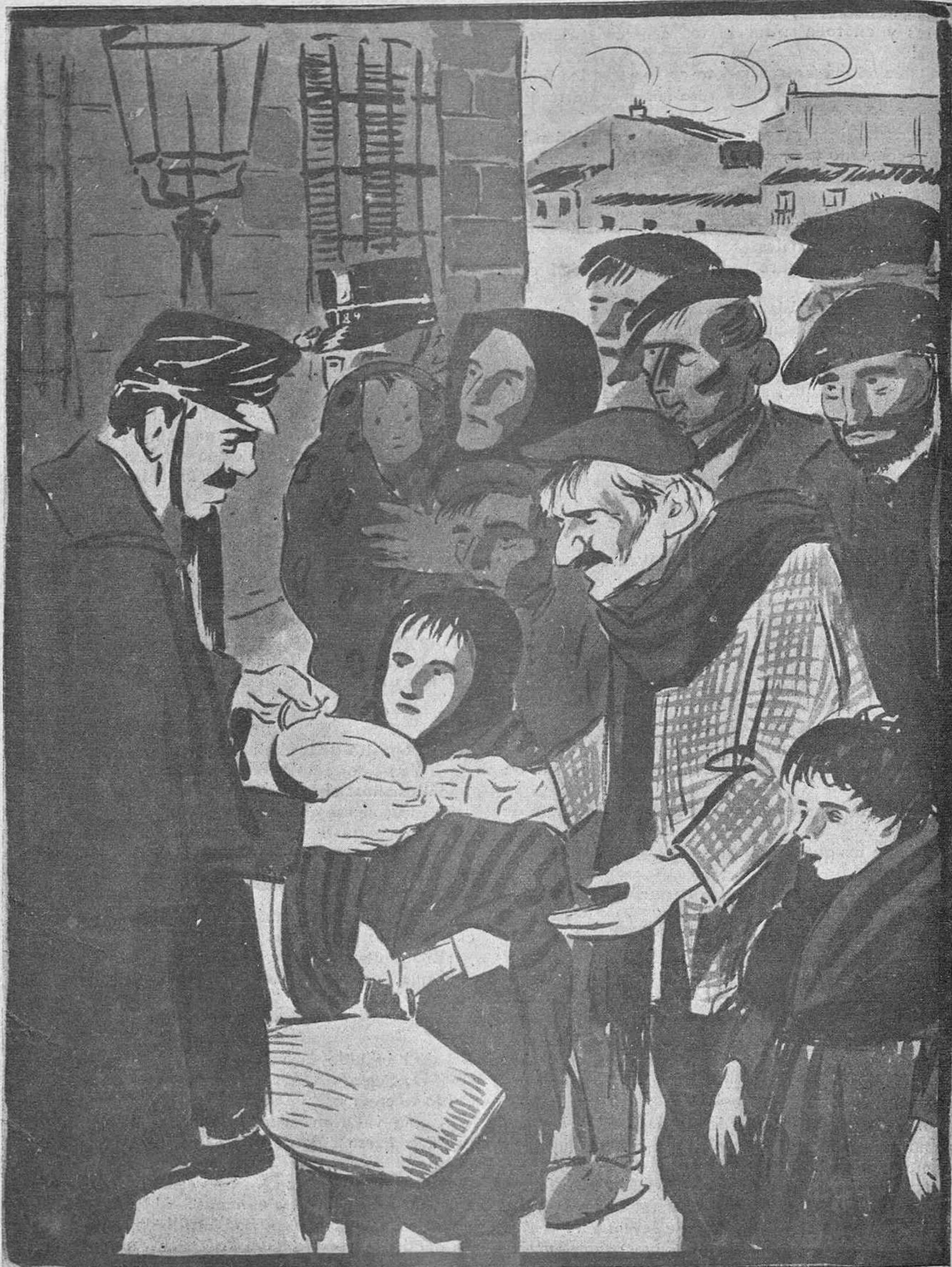
Sébase de una vez: D. Segis está postradísimo.

Ministerialmente, se entiende.

Tanto, que proyecta ir á Sevilla para ver si por fin puede sacarse esa muela que tanto le molesta: la muela de las Cortes.

¿Conseguirá su propósito?

¡Quiera Dios que no le resulte á la inversa y justifique el refrán «Quien fué á Sevilla...»!



LA CRISIS DEL HAMBRE

SE HA RESUELTO COMO LA OTRA. CON EL CONCURSO DE LA JURISDICCION ESPECIAL